

# Fotografía del silencio

La vibrante *poiesis* de Paco González San Agustín

"Cuando ya no nos queda nada,  
el vacío de no quedar  
podría ser al cabo inútil y perfecto."

**José Ángel Valente**  
*Material memoria, (1977)*

Conocí a Paco González San Agustín hace casi un año, descubriendo cómo las pulsaciones del Danubio mandan su caudal a distintos pueblos europeos y la fotografía navega en la superficie hasta nosotros, como un reflejo arterial de sus civilizaciones. Viajé en una tarde, en una sala, me removí por dentro, respiré.

Precisamente, es en esa interrelación artificiosa que el espectador se ve obligado a crear donde surge la magia. Toma obra y obrador para establecer conexiones con el mundo exterior y ordenar el Caos. Etimológicamente, Caos significa 'hendidura' o 'abrirse de una caverna'. La caverna platónica, como diría Susan Sontag, aquella en la que el disparador se empecina en fotografiar a través de su cámara-ojo. Constituyente de una realidad atómica, el *homo photographicus* habla y se deja oír a través del mutismo de unas fotografías que tienen todo por decir.

El trabajo de Paco surge de un viaje por la cornisa cantábrica en el Feve, el Ferrocarril Español de Vía Estrecha. Así, la libertad de su mirada se posa sobre el imponente Guggenheim, las geométricas formas del Niemeyer de Avilés, la confluencia de tierra y cielo lluviosos en Ribadeo... Es un trayecto estético, pero sin pausarse en lo puro, bello, eterno. Es un viaje poético, en tanto en cuanto la imagen queda supeditada a la interpretación. Gabriel Celaya, escritor natal de Guipúzcoa, decía que en la poesía debe haber barro, ideas, calor animal. Hablaba del poema como integración, aquel capaz de explicarse por sí mismo y no por los cánones preestablecidos. Creó la editorial Norte con el objetivo de rescatar a los olvidados y romper el "estúpido cerco de la poesía oficial". Del mismo modo, el concepto de fotografía no enjaula las imágenes tomadas, sino que las pone en relación, las atraviesa y cristaliza, creando nuevos significados, permitiendo que el emisor y receptor vibren a una. Y en palabras de Celaya, "el cortocircuito quema y deja en nada la materia verbal".

Del compendio de instantáneas de la exposición, hay una que capta especialmente mi atención. La composición, a dos páginas en el catálogo, muestra un paisaje oliva en el que un río color tierra se pierde en el punto de fuga bajo un cielo de nubes plumizas. Estas se

funden con lo que parecen gotas de lluvia suspendidas en la atmósfera hasta que el espectador, curioso, atento, cae en la cuenta de que existe un cristal que les divide a ambos. La cámara fotográfica es una capa, un filtro más, un reflejo de la realidad enmarcada y previamente escogida. Se adivina el paso del tren desaparecido y es inevitable recordar los versos nostálgicos del bilbaíno Blas de Otero, "Yo quiero mi cielo gris / sobre mi valle velado".

En Paco, la poesía de Otero me resulta familiar. Identifico las rupturas del fluir del verso del poeta con la fotografía cuarteada del fotógrafo. La superposición natural de escenas, como si de un juego se tratase, me lleva a intentar disociar inútilmente la lámina capa por capa. Un bosque eurosiberiano con su aura fantasmal, el reflejo de una mujer sobre el cristal, el motor del ferrocarril abandonando el pueblo de Jarrío. El calambur hecho imagen. Una experimentación formal, la *poiesis* que enlaza a ambos autores, cada uno con su arma: el que dispara y el que carga tinta.

Las fotografías del bosque gallego llevan impresa la máxima virgiliana del *tempus fugit*, el tiempo gastado que las vías de tren arrastran. La claridad del fondo contrasta con las orillas difuminadas del Feve, el cual avanza y se abre paso entre la espesura, creando una oquedad en el paisaje. Como José Ángel Valente, Paco también inmortaliza vacíos que transforman, abre otros nuevos reflejando las ventanas del

vagón entre las ramas, buscando nuestra extrañeza. Cada uno a su manera, hacen uso del silencio para comunicarse: Valente, en su poética disruptiva, desplaza el *logos* para despertar en el lector una estética diferente; y Paco, a través de la imagen desnuda de palabra que revela nuevos lenguajes visuales. Al fin y al cabo, en ambos converge la rima del poeta orensano: "Quisiera un canto / que hiciera estallar en cien palabras ciegas / la palabra intocable. / Un canto. / Mas nunca la palabra como ídolo obeso, / alimentado / de ideas que lo fueron y carcome la lluvia. / La explosión de un silencio".

No puedo evitar preguntarme qué grado de verdad hay en lo que uno imagina al contemplar una fotografía. Sin datos, sin referencias, la realidad se representa petrificada y abierta a múltiples interpretaciones. Quizá sea la polifacética *alétheia* –el desocultamiento del ser-, y no la *veritas* bienintencionada del artista -lo que se ajusta a la realidad-, la que cuenta. La capacidad de presentarse ante una imagen sin aprensión y sin condicionantes. Dejar que la impresión vuelva a ser porosa y cambiante, desposeerla de su creador, estudiar su periferia con otras artes. Como diría Walter Benjamin, "sólo hay conocimiento a modo de relámpago", y puede que en realidad sea ese instante logocéntrico, finito, el que más fuerza tenga. Y sólo así convertirse realmente en espectador.

Carmen Valencia